

# LA HERMANA FEA

ILDEFONSO ARENAS

# LA HERMANA FEA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: junio de 2022

© Ildefonso Arenas, 2022  
© de la presente edición: Edhasa, 2022  
Diputació, 262, 2ª 1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6391-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 10010-2022

Impreso en España

*Para Blanca y Maribel*

«Si quieres que alguien diga algo, pídeselo a un hombre;  
si quieres que alguien haga algo, busca una mujer».

Margaret Thatcher

No son pocos los que, de un modo u otro, me han ayudado a escribir este libro. Mi agradecimiento para todos, y muy en especial a mis buenos amigos Javier González Juliá, Nicolás Pérez-Serrano Jáuregui, Arturo Reig Tapia, Enrique Rodríguez Fagúndez y Kurt Schleicher Tafel.

1913-1916

*Viernes, 26 de diciembre de 1913*

El alférez de navío Wilhelm Canaris servía desde 1905 en la Káiserliche Marine o Marina Imperial. Ingresó sin esforzarse, superando con tal holgura la prueba escrita que no lo sometieron a la oral. El tribunal fue tan generoso por comprobar que poseía las características intelectuales y sociales que más se valoraban en el cuerpo de oficiales, empezando por su excelente calificación en la prueba final del bachillerato, la conocida, y siguiendo por su origen social, la alta burguesía industrial.

Su padre, Carl, dirigía el conglomerado Applerbek y era consejero del Rheinisches Bergbau Hüttenwesen, Duisburg. Él y su esposa, Auguste-Amelie Popp, tuvieron tres hijos: Anna, nacida en 1881 y casada con un ingeniero de la minero-metalúrgica Buderußchen; Carl, nacido en 1883; pese a su juventud, ya dirigía la metalúrgica August Thyssen. A Wilhelm, para disgusto de su padre, nunca le interesó la metalurgia. Prefería las humanidades, cosa que puso de manifiesto en la entrevista previa a su ingreso en la Marineakademie, donde mostró unas maneras excelentes, un hablar culto, claro y pausado, y un envidiable dominio de los idiomas inglés, francés, español, latín y griego. Combinaba todo eso con un sentido moral de profundas raíces calvinistas, pese a proceder de un Land, Westfalen, de mayoría católica, uno de los pocos entre los veintiséis que formaban el Deutsche Káiserreich. Los Canaris eran católicos, pero Auguste-Amelie, a la vista de las dificultades que debería

vencer Wilhelm para ingresar en la KM, donde no ser luterano estaba muy mal visto, nada más enviudar se convirtió, con sus hijos, al mucho más saludable protestantismo. Al fin y al cabo, debió de pensar, el Dios de los cristianos era más o menos el mismo para todos.

Por si todo eso fuera poco, Wilhelm era un consumado deportista, sobre todo en dos disciplinas propias de la clase alta: el tenis y la equitación. Sus examinadores juzgaron que, pese a su nada imponente facha (medía 1,59), reunía las condiciones necesarias para una especialidad muy exigente: Nachrichtenoffizier, u oficial de información. Para desempeñar sus cometidos no bastaba con hablar idiomas. Era necesario dominar las artes sociales, las necesarias para establecer relaciones personales con individuos de interés para el Reich. Las obligaciones de un Nachrichtenoffizier no se limitaban a enterarse de lo que sucediese alrededor de su barco, sino a transmitir la información, a menudo falsa, si no tóxica, que sus mandos deseasen poner en circulación. A todo eso se debió que la Marineakademie pusiera el mayor esmero en la formación del prometedor cadete Canarias.

Tras sus años de instrucción se le destinó al crucero *Dresden*. No era un buque muy moderno, si bien el Estado Mayor lo tenía por adecuado para ultramar. Las experiencias recogidas en su gemelo *Emden*, que servía en el Ostasiatische Kreuzergeschwader –Escuadrón de Cruceros del Extremo Oriente; los impacientes oficiales lo simplificaban en OK–, confirmaban que como buques destacados en aguas lejanas y tiempo de paz eran válidos, ya que sus reducidas dimensiones sólo requerían una dotación de trescientos sesenta hombres, bastante modesta si se comparaba con los cruceros más modernos, los de las clases *Kolberg*, *Magdeburg* y *Wiesbaden*. En guerra ya sería otra cosa, por su escaso armamento, pero en 1911 la KM no creía que la guerra fuera inminente.

El *Dresden* llevaba semanas en Kiel, alistándose para seis meses en el Caribe. No en misión de paz. Meses antes se le confió una en el Mediterráneo. La tripulación estaba encantada,

pero las continuas averías convirtieron en suplicio lo que se pensaba sería un recorrido por los más interesantes puertos de la Belle Époque. Influyó también el comandante que padecían, Fregattenkapitän Friedrich-Emil Lüdecke, firme partidario del aburrimiento y el mal humor. Lo que habría sido un encantador desfile por Nápoles, Atenas, Venecia y Constantinopla, lo convirtió en un calvario, por su temor a que la degenerada moral de tan decadentes lugares contaminara la de sus puros e inocentes jovenzuelos.

El *Dresden*, como casi todos los buques de la KM, no estaba concebido para largas temporadas en el mar. Se diseñó pensando que la dotación dormiría en tierra, en barracones cercanos a su fondeadero. A eso se debía que los dormitorios fueran no sólo angostos, sino desmontables –en las horas diurnas servían de comedor–, y que apenas se contara con medios de holganza y entretenimiento. En los buques mayores hasta se disponía de proyectores de cinematografía, pero en los cruceros no cabía otra que tender sedales por la borda, jugar a las cartas, a las damas o al ajedrez, calzarse los guantes de boxeo, asistir a los conciertos de la banda de a bordo y, como último recurso, darse a la siempre aburrida lectura. Un mal panorama, pero la perspectiva de vagar por el Mediterráneo, saboreando las maravillas que les aguardaban en sus puertos, atestados de bellas mujeres deseosas de que los viriles marinos alemanes se llevaran el mejor de los recuerdos, lo compensaba todo. Las máquinas por un lado y los temores del Kommandant por el otro, más una disciplina incapaz de aceptar que a los hombres convenía darles algún desahogo, determinaron que volver al Reich fuera una liberación. Casi todos tendrían cuatro semanas de permiso mientras el *Dresden* visitaba el astillero Blohm & Voss. Allí lo reconstruirían, ya que no sólo se trataba de sustituir parte de la maquinaria, sino de reparar daños estructurales causados por un Mediterráneo más irritado que de costumbre. El *Dresden* era el primer barco en equipar calderas acuotubulares de alta presión, combinadas con las modernísimas turbinas Parsons. Una configuración que poco a poco se implantaba en los nuevos

buques de la KM. En éstos funcionaba sin problemas, gracias a que casi todos se aislaron en un *Dresden* que, aun así, no estaba para el desguace, por muchas goteras que tuviera. De ahí que, tras unos meses en Blohm & Voss, se decidiera que volviese a mostrar la bandera.

A Canarias, sin cometidos específicos, le correspondían seis semanas. No sólo serían para ver a su familia. En sus deseos más oscuros, de los que no se sabía nada –en general, nadie tenía idea de lo que pasaba por su mente–, destacaba una joven de veinte años no muy bella pero sí bien educada, y hasta pudiera ser, a su entender, que algo menos idiota de lo normal en su género. Él no lo sabía, porque apenas habían cruzado un par de frases, pero el caso era que Fräulein Erika Waag, a la que conoció en la fiesta de cumpleaños de un compañero de la Marineakademie, le causó impresión. No se hacía ilusiones, ya que la joven le sacaba medio palmo, pero, aun así, consiguió situarla en Berlín, de modo que, si rondaba por allí al menos tres semanas, muy mal tendría que ir todo para que no coincidieran. Era hija de un industrial de nombre Carl-Friedrich, al cual, según sabía por las cartas de los amigos, le quedaba poco en el valle de lágrimas. Esa otra faceta de la señorita de sus sueños también le gustaba, la de ser próxima heredera de un buen capital. A todo eso se debía que no le disgustase volver al Reich. Si gracias a las podridas máquinas del *Dresden* conseguía no sólo una esposa joven y agradable, sino que además pegaba un aceptable braguetazo, que Dios bendijera las turbinas Parsons y a los ineptos que las construían.

La última semana se le torció, porque lo convocaron a un curso en el Bendlerblock, la nueva sede berlinesa del Estado Mayor. Era para oficiales de información. Le resultó de lo más interesante. Lo comentaba en la cámara de oficiales, donde se sentaban para cenar el capitán de fragata Erich Köhler, nuevo comandante del *Dresden*; el teniente de navío Kurt Nieden, primer oficial, y los alféreces de navío Ernst Wieblitz, Helmut Plath, Max Schmidt, Otto Schenk, Arnold Böcker, Friedrich-Wilhelm Fleischer, Karl Richarz y Hans Abrahms, a los que se unían el

teniente médico Karl Koch y los jefes de máquinas Wilhelm Stein y Reinhold Meyer. Eran los oficiales superiores del *Dresden*; los alféreces de fragata, que había ocho a bordo, no contaban. Se reunieron en la cámara de oficiales, pues la del comandante contaba con una mesa y sillas para seis y sólo era buena para pequeñas reuniones. Reinaba el buen humor, hasta entonces inhabitual, pues el anterior comandante, del que rechazaban acordarse, de tan serio como era, desaconsejaba toda clase de relajación.

—Era un curso de preparación para la Handelskrieg, la guerra de corso, contra el tráfico marítimo de Inglaterra. —Los murmullos, inevitables en toda mesa de catorce, se apagaron—. Asistimos varios oficiales de información. Se nos explicó que la KM lleva muchos años preparando una guerra en el mar donde cruceros regulares y auxiliares atacarían el tráfico enemigo. Se sabe que las importaciones británicas en este 1913 no bajarán de cincuenta y cinco millones de toneladas, porque lo único que no importan es el agua para el baño y el carbón para calentarla. Para soportar ese comercio cuentan con una marina mercante cuyo registro bruto pasa de veinte millones de toneladas, repartido entre 8587 vapores y 633 veleiros, cifras exactas al pasado 31 de diciembre. Si a eso se suman las otras banderas de su Imperio, se pasa de veintidós millones y once mil barcos. Las flotas de sus posibles aliados también son colosales. Francia cuenta con tres millones de toneladas; Japón, con dos, y Estados Unidos pasa de cinco. Si entráramos en guerra con todos ellos, encontraríamos veinte mil barcos cargados de mercancías hacia o desde sus puertos. Según el Estado Mayor, Inglaterra cuenta con víveres para ocho semanas. Sus reservas de materias primas esenciales para su industria militar sólo cubren cuatro. Está mejor preparada en petróleo, algodón, goma y lana, pero sin rebasar una cobertura de seis meses. Si entramos en guerra, los mares serán un terreno de caza de veinte mil posibles presas. En ese caso, nuestro mejor as en la manga, dejando aparte cruceros y submarinos, será el Etappendienst.

Se detuvo para estudiar las expresiones a su alrededor. Le animó ver que no masticaban.

—El Etappendienst, el Servicio Secreto de Aprovisionamiento Naval, se creó hace años. Sólo cubría los puertos del Reich en ultramar, aunque pronto se vio que a efectos de la Handelskrieg valdría de poco al cabo de dos semanas. Los cruceros ingleses, que cubren el globo, no tardarían en bloquearlos. El Estado Mayor entendió que avituallar a nuestros cruceros sería cosa de buques neutrales, ya que uno alemán que dejara un puerto neutral sería difícil que ganase alta mar. Los avitualladores del Etappendienst tendrían que ser neutrales y zarpar de puertos neutrales. El Etappendienst opera en multitud de puertos, tiene presencia en todos los mares y posee una flota considerable. Se camufla bajo consignatarios navales que trabajen con toda clase de armadores, que importen y exporten, y que resistan cualquier inspección fiscal o aduanera. Lo último no será fácil, porque los víveres, el agua y el carbón no son sospechosos, pero los repuestos, las municiones y el armamento son difíciles de disimular. Los consignatarios del Etappendienst son de su propiedad, a través de sociedades interpuestas. Sus directivos son ciudadanos neutrales, aunque a poco que se rasque aparece un alemán que lleva las riendas. Lo mismo pasa con los barcos, los Etappenschiffe. En tiempo de guerra pasarán por neutrales, aunque su comandante y sus primeros oficiales serán alemanes. Llegado el caso, el Etappendienst cubrirá las necesidades de una fuerza de cruceros, entre regulares y auxiliares, no inferior a veinte buques. Por sí solos no causarán un gran daño al tráfico enemigo, pero alterarán sus rutas, ocasionando fuertes retrasos en la llegada a Inglaterra de los millones de toneladas de mercancías que necesitará cada mes no ya para combatir, sino para subsistir. El efecto secundario será un gran incremento en los precios de los fletes, cosa que también es buena. Así, en resumen, lo ve nuestro Káiserliche Generalstab.

—¿Les explicaron el despliegue del Etappendienst?

—Sí, Herr Kommandant. Se pretendía que los oficiales de información estuviéramos familiarizados no sólo con el Etappen-

dienst, sino con los recursos en cada zona de operaciones. Deberíamos conocer no sólo el despliegue, sino los barcos adscritos a cada Etappe, así como los puntos de encuentro. Por ejemplo, si nos tocara operar en el Atlántico central en tiempo de guerra, contaríamos con cuatro Etappen, no menos de diez Etappenschiffe y doce puntos de *rendez vous* tenidos por seguros.

—¿Les dijeron cuáles son esos Etappen?

—Sí, Herr Kommandant.

—¿Le dijeron que podría compartirlos con nosotros?

El Kommandant Köhler señalaba en derredor. No quería poner a Canaris en el compromiso de negarse a responder por habersele ordenado en Berlín que ocultara esa información.

—Nos dijeron que, una vez en el mar, la oficialidad superior de los buques destinados a ultramar debería conocer los detalles.

—Bien, pues a efectos prácticos ya estamos en el mar. Prosiga.

—El Etappendienst cuenta con ciento veinte Etappenschiffe. El Etappe de Batavia tiene ocho buques. El de Brasil, doce. El de China, dos. El de Japón, cuatro. El de Buenos Aires, nueve. El del Mediterráneo, seis. El de Manila, doce. El de la costa este de los Estados Unidos, diecinueve. El de la oeste, tres. El de África Oriental, tres. El de Valparaíso, diez. El de Perú, dos. El de África Occidental, doce. El del Caribe, seis, y el de Tsingtao-Shangai, doce.

Köhler compuso un gesto de admiración. El que Canaris relatará todo eso de corrido, sin servirse de notas, significaba que lo tenía muy metabolizado, lo que hablaba bien del interés y el esmero que su diminuto Oberleutnant-zur-See, del que Lüdecke le habló bastante mal, parecía poner en todo lo que hacía.

—Dijo también algo de los puntos de encuentro, ¿es así?

—Canaris asintió—. Bien, espero que no pretenda recitarlos.

Una sonrisa. Tras eso Köhler volvió al tenedor y a la pala de pescado; les habían servido unos lenguados muy sabrosos, y no quería que se quedaran fríos. Al menos, el suyo.

–No, Herr Kommandant. Son más de doscientos. Sin mis notas no sabría expresarlos, aunque después de cenar le daré la lista –lo decía señalando al Oberleutnant-zur-See Wieblitz.

–No se dé prisa. No la necesitamos ahora, ¿verdad?

La pregunta de Wieblitz era retórica, la de uno que desea volver a masticar. Canaris lo entendió así, aunque sería cosa de días que se la supiera de memoria. Cuando menos, la del Caribe.

*Sábado, 27 de diciembre de 1913*

De nuevo en el mar. Con cuadernas reforzadas y máquinas como recién estrenadas. El *Dresden*, aun así, no parecía otro. Los hedores seguían ahí, las vibraciones no desaparecían y el nuevo esquema de pintura, gris en dos tonos, no camuflaba que seguía siendo un crucerito de pasado azaroso. Köhler tenía los mismos años que Lüdecke. Lucía un mostacho que no ennoblecía su rostro de bárbaro. Le daba un aire de salteador de caminos, opinaban sus benevolentes oficiales. Se sabía poco de él, como se sabía poco de casi todos los altos oficiales de la KM, pues al ser una fuerza muy joven no eran muchos los que se habían distinguido en misiones importantes. Parecía, eso sí, muy concienzudo. Lo demostró inspeccionando el *Dresden* más a fondo de lo normal. Conocía su mala fama y no quería que los traicionara en unas aguas donde no pudieran reparar. A eso se debió el probarlo en el Ostsee, corriendo la milla de la Kurische Nehrung. No quedó satisfecho, pues, si bien dieron veintiocho nudos, fue a cambio de unos retemblores muy de preocupar. Al menos, a efectos no ya de permanecer seis meses en el mar, sino de no poder regresar cuando aún reinara la paz. Que la guerra estaba poco menos que a la vuelta de la esquina era el pensamiento común. Para la mayoría era estimulante, aunque no para el comandante de un crucero remendado y de cuyas máquinas y hechuras no se fiaba, pero su deber era ése y a él se aplicaba, y con él sus oficiales.

Acodado en un extremo del puente, bien abrigado, pues soplaban un viento que organizaba vistosos remolinos con los gruesos copos que caían, Canaris reflexionaba sobre la cena de Nochebuena. Los suyos estaban inquietos, tanto que no se preguntaban si habría guerra, sino cuándo estallaría. No los tranquilizó, porque aún no dominaba el arte de mentir a la familia. Se limitó a cambiar de tema, y para ello nada mejor que hablar de una chica que le gustaba, que aún no sabía si él a ella también, pero al haber quedado en escribirse quizá sucediera que algún día no lejano les presentase a la futura Frau Erika Canaris. Para su hermana fue una sorpresa, porque lo tenía por solterón incurable. Las exigencias intelectuales de su hermano eran demasiado ambiciosas para encontrar en Westfalen una novia decente con una dote razonable; además, estaban los centímetros. Sabía que a Wilhelm lo acomplejaba su estatura, tanto como para retraerlo sin remedio en presencia del tipo de mujer que más lo atraía, el de la Walküre Skögl, la más alta, más nutritiva y de caderas más poderosas del Vingólf. La información que Wilhelm ofrecía de Fräulein Waag era vaga en lo físico, aunque tranquilizadora en lo capital: le sacaría media cuarta, y aun así pensaba en ella.

—¿En qué piensas, Kieker?\*

—En lo que todos. —Era un maestro en soltar cortinas de humo y esconderse tras ellas—. En el Caribe. ¿Cómo lo ves tú?

—Quizá sólo se trate de mostrar la bandera. Tocar en puertos excitantes, dar cenas y bailes, y bobadas así.

Canaris compuso un gesto de duda metafísica.

—Igual no. Igual Berlín desea que nos personemos en la revolución mexicana. Hay por allí un ni se sabe de alemanes, y de un tiempo a esta parte se los ve preocupados. Es porque hicieron causa común con el presidente, tanta que los revolucio-

\* El significado en alemán comprende cualquier aparato portátil de visión a distancia, como prismáticos, binoculares o un simple catalejo, pero en el contexto de los oficiales de la KM la traducción no literal, pero quizá más atinada, sería «mirón».

narios, que sueñan con cargárselo, se plantean lo mismo con los empresarios alemanes, aduciendo que llevan años esquilmando el país a la sombra de don Victoriano, que así se llama el buen hombre.

–¿Y cómo es que sabes todo eso?

–¿Se te ha olvidado que soy el Nachrichtenoffizier?

–Ya, pero estar tan al tanto de lo que pasa por allá me parece un poco exagerado. No es algo que venga en los periódicos.

«No en los que lees tú», se decía el Nachrichtenoffizier, aunque sin maldad. Por Plath sentía un afecto especial, el uniformemente frío con que a veces distinguía a muy contados seres humanos.

–En los alemanes no suele venir mucho, dices bien, pero es el tema de moda en los ingleses y en los españoles. Estoy suscrito a unos cuantos, como todos los oficiales de información. Cada noche, cuando recalaba en la residencia de oficiales, me daba con montañas de periódicos. En las últimas semanas no he tenido más remedio que aprenderme de la cruz a la fecha lo que pasa por allí. El número de alemanes establecidos en México es demasiado alto, y al Káiser no le gusta nada que los puedan fusilar.

Se detuvo para medir no ya la expresión de Plath, sino la de Köhler, que sin desentenderse de lo que veía por las bandas –el primer tramo del Kaiser-Wilhelm-Kanal–, encontraban de interés lo que decía el encargado en el *Dresden* de saber todo de absolutamente todo. Animado por el gesto de concentración, ya que hacía demasiado frío para que asumiese otro, siguió adelante, sin vacilar en la elección de las palabras. Como buen oficial de información, a la hora de improvisar una minuciosa explicación de lo que fuese, no improvisaba; en general, la totalidad de su repertorio, mucho más amplio de lo que sospechaban sus colegas, estaba meditado y varias veces ensayado. A solas él y su memoria, eso sí.

–Los desdichados mexicanos padecieron de 1884 a 1911 un presidente llamado Porfirio Díaz. Su régimen era una dictadura, del tipo más inculto. Las diversas fuerzas opositoras

acabaron por echarlo del Gobierno, porque a los ochenta y pico que ya tenía no estaba en condiciones de imponerse. No acertaron, porque pataleó bastante, dando así lugar a lo que dio en llamarse «Revolución mexicana». La oposición, por suerte para él, la formaban facciones mal avenidas. La mayor la encabezaba un tipo llamado Francisco Madero. Lo coronaron presidente, aunque pronto se vio que no iba por buen camino. El 9 de febrero de este 1913 un grupo de militares, acaudillado por un general bastante bruto, Victoriano Huerta, organizó un golpe de estado. Lo pasaron por las armas, y el tal Huerta fue investido presidente, aunque con problemas. Se le vinieron encima multitud de revolucionarios, cada uno de su padre y de su madre, aunque unidos en la determinación de acabar con él. Pese a eso, mantiene las simpatías del Káiser. A eso se debe que nos envíen ahí. Según he leído en varios periódicos británicos, y en uno español, las posibilidades que tiene Huerta de vencer en su guerra civil son muy escasas, pese a las armas que le hace llegar el Reich. Igual no le queda otra que largarse y, puestos a dejar un país que tan vehementemente lo detesta, parece razonable que hacerlo en un crucero alemán sea la opción que más le guste.

–Se lo ha empollado usted a fondo, Canaris.

–Es mi obligación, Herr Kommandant.

–Pronto sabremos si está en lo cierto. Preferiría que no, pero que Tirpitz nos envíe allí para relevar al *Bremen*, y al *Karlsruhe* dentro de seis meses para relevarnos a nosotros, apuntala eso que dice usted. De todos modos, y sea como sea lo que vayamos a encontrar, los primeros días no estaremos solos. O eso espero.

*Miércoles, 21 de enero de 1914*

Veracruz era un puerto muy grande, pero no moderno, y tampoco ofrecía buenas facilidades de amarre, o eso se comentaba en el puente, donde Canaris, Plath y Böcker admiraban la

elegancia con que Nieden ganaba el muelle contiguo al empavesado *Bremen*, que así les daba la bienvenida. Los oficiales del *Dresden*, a espaldas de Köhler, bromeaban acerca del engalanado que había ordenado enjarciar. Marineros y guerreros todos ellos, sentían un larvado desprecio por las tonterías diplomáticas. La excepción era Canaris. Sentía por la diplomacia un respeto que sus colegas ignoraban. Se le tenía por hermético, un concepto que iba más allá de la mera discreción. No le preocupaba que su silencio ante las bromas de sus iguales, a las que respondía con una sonrisa desvaída, le granjearan la fama de no ser como los demás. Él se dejaba llevar por su instinto, y éste le decía que la diplomacia y los cañonazos se complementan. Al igual que Clausewitz, estaba convencido de que la guerra era una prolongación de la diplomacia.

—Estuviste aquí antes, ¿verdad? ¿Bajaste a tierra?

El primer destino de Canaris fue a bordo del *Bremen*, como tercer oficial. No era el Nachrichtenoffizier, aunque al tocar en un buen número de puertos donde sólo se hablaba español le tocó hacer de lo que aún no era. Plath no conocía los detalles, porque Kieker era poco aficionado a dar detalles, aunque sí sabía que sirvió en el *Bremen* de noviembre de 1907 a mayo de 1908.

—Lo justo para carbonear. Al comandante Alberts México no le gustaba mucho, y Veracruz aún menos, así que no dejamos el barco. Donde sí pisamos tierra, cosa que la tripulación agradeció de corazón, y yo también, fue en Buenos Aires, Costa Rica, Panamá, Guatemala y las Antillas Holandesas. Eso sí estuvo bien.

—Me parece que nos esperan.

Böcker señalaba un gran automóvil negro que Canaris, entusiasta de cualquier cosa que rodase, identificó al momento: un Mercedes Phaeton-Torpedo 37/95, de 1913. Un modelo tan carísimo, del que descendía un tipo con frac y sombrero de copa, sería el del embajador, Konteradmiral Paul, Freiherr von Hintze.

—¿Y cómo sabes quién diablos es ese tío?

–Fácil. El Estado Mayor me dio, antes de salir al mar, la lista de los embajadores, cónsules y vicecónsules con los que tendríamos graves riesgos de coincidir en este crucero.

Lo dijo con una sonrisa, para luego guiñar un ojo a sus admirados colegas. Definitivamente, Kieker era distinto.

El *Dresden* no terminaba de fijarse al muelle cuando ya se tendía la escala real. En un minuto padecerían a un embajador a bordo. Suficiente para bajar a cubierta. Canaris, que sentía curiosidad, se puso a la cola de la formación. Era instintivo, pero de toda la vida prefería ser el matalote de más a popa. En todo.

\* \* \*

El embajador era un contralmirante destinado en el *Auswärtige Amt*\* y ennoblecido en 1908. Eran razones suficientes para formar la guardia y la banda de música, y así rendirle los honores debidos a un almirante, más pomposos y solemnes que los establecidos para un vulgar embajador.

Tras las presentaciones protocolarias, el *Freiherr von Hintze*, que venía solo, pidió reunirse con el *Kapitän Köhler* y con quien éste designara. Minutos después tomaban asiento, en la cámara del *Kommandant*, éste, *Nieden*, *Canaris* y *Von Hintze*.

–No sé, *Kapitän Köhler*, si están ustedes al corriente de la complicada situación política que disfruta México desde hace cuatro años, y que hace unas semanas empeoró considerablemente.

–Sabemos poco de todo eso, *Euer Exzellenz*. Antes de zarpar se me dijo, eso sí, que nuestra misión, además de mostrar la bandera, sería colaborar con usted en la protección de los ciudadanos alemanes y en la preservación de nuestros intereses, dentro de lo poco que puede preservar una nave tan pequeña como ésta.

–Ya he visto que no es muy grande. ¿Ciento veinte metros?

\* La traducción práctica, no literal, sería Ministerio de Asuntos Exteriores.

–Ciento dieciocho. Tiene usted un buen ojo de marino.

–Ya se va oxidando, aunque algo queda. Bien, ¿tendrán paciencia para saber qué clase de pantano de mierda es México?

–Nos encantará que nos instruya, Euer Exzellenz.

A lo largo de la siguiente media hora, Köhler, Nieden y Canaris supieron que México se independizó de España en septiembre de 1821, que los españoles dejaron en herencia una pésima situación económica, social, administrativa, educativa y cultural, y que desde ahí no había dejado de empeorar.

–Hasta cinco años antes, en tiempos de Karl Bünz, mi antecesor, disfrutaron una dictadura bastante despiadada, sobre todo con los indios, aunque tolerante con las clases acomodadas, las cuales, muy sabias, destinaban cuantiosas sumas a mantener engrasado el sistema político. No vayan a pensar que la corrupción y el soborno se inventaron en México, aunque a mí no me sorprendería. De hecho, nada de lo que suceda en México me sorprende. Aquella dictadura, vulgarmente denominada Porfiriato, acabó cuando el dictador aceptó que lo mejor para su salud sería echarse a un lado. Tras eso la inestabilidad se adueñó del país, al punto que se inició una revolución donde las diversas facciones se llevaban fatal las unas con las otras. Eso permitió al que sucedió a Porfirio Díaz, un bendito de Dios llamado Francisco Madero, mantenerse al paio, sacudido por los golpes que le daban los revolucionarios, aunque compensándolos con los que se atizaban los unos a los otros. Así llegó la «decena trágica», del 9 al 20 de febrero del año pasado. Entre otras atrocidades asesinaron al pobre Madero. Un espadón más bruto de lo allí normal, Victoriano Huerta, se hizo con el poder, iniciando la política de mano dura que a su entender necesitaba México. Se apoyó en el ejército federal, aunque midió mal sus fuerzas, porque no era de profesionales bien pagados, sino de leva forzosa donde los soldados vestían harapos y se morían de hambre, de modo que su ardor guerrero no era el que Huerta necesitaba. Así, de matanza en matanza, que no había mes sin una, se llegó a la situación actual, tan enquistada que las diversas facciones, sobre

todo las que poseen ejércitos organizados, las de Pancho Villa y Emiliano Zapata, decidieron unirse bajo el gobernador de Coahuila, un tal Venustiano Carranza. La situación de Huerta no puede ser peor, tanto que se da por seguro que de aquí a unos meses no tendrá más remedio que largarse, y, dada la simpatía que por él siente nuestro Káiser, no será improbable que lo haga en un buque alemán.

—¿Hay por aquí algún otro, además del *Bremen* y el *Dresden*?

—Al *Hertha* lo veíamos de cuando en cuando, aunque hace mucho que no asoma por aquí. En cuanto al *Bremen*, dentro de tres días vuelve al Reich. Tenía entendido que Tirpitz pensaba enviar al *Karlsruhe*, pero me han dicho que tiene problemas de dentición. Supongo que a eso se debe que tenga el honor de compartir con ustedes este horrible café del Reich.

Cayó un silencio que Von Hintze aprovechó para terminar su café. A juzgar por sus escasos gestos, se decía el observador Canaris, tenía un conseguido aspecto de ser imperturbable. La marca de fábrica de la Marineschule, donde algunos oficiales muy escogidos seguían un programa de materias especiales del que no se hablaba mucho, salvo para indicar que quienes pasaban por allí solían hacerse con destinos codiciados, inaccesibles para la mayoría de los oficiales de su promoción, y con ascensos muy adelantados a lo que por antigüedad les correspondía.

—Hemos visto buques de guerra, según atracábamos. Casi todos en libreas coloniales, de casco blanco y chimeneas ocre.

Era lo primero que decía Köhler desde hacía un buen rato.

—Son de la US Navy. Los norteamericanos están preocupados por sus refinerías. Intuyo que no tardarán en venir a verle, Kapitän. Dada la situación, sospecho que le propondrán unir fuerzas.

—¿Deberíamos unir las?

—Pues no lo sé. La colonia de ciudadanos alemanes en Ciudad de México aún no ha decidido moverse. Mientras no lo haga no sería bueno sumarse a los cañonazos que la US Navy

se muere de ganas de pegar. Ahora, cuando nuestros compatriotas ya estén aquí, pienso que le convendrá cerrar filas con ellos.

—¿Y los británicos? ¿No tienen intereses en Veracruz?

—Apenas. No justifican una fuerza estable. Lo poco que tienen, y los pocos ingleses que hay, los confían a la US Navy. En este lado del Caribe sólo cuentan con un viejo crucero que alguna vez viene a dar una vuelta. HMS *Hermione*, o algo así. El cónsul dice que no lo ha visto desde Navidad. En cuanto a ustedes, Kapitän, ¿cuáles son sus órdenes? Referentes a México, quiero decir.

—No son precisas. Sólo estudiar las peticiones de las autoridades mexicanas, y después discutir con usted cómo proceder.

—Bien. La situación, como supongo ha entendido, es peor que confusa: es inestable. Puede pasar cualquier cosa. Mi obligación, y la suya, es proteger la integridad de los alemanes capaces de ganar Veracruz. El servicio ferroviario entre Ciudad de México y Veracruz aún funciona. No todos los días, pero a la gente le sirve para dejar la capital con lo que tienen, o lo que les queda. Dentro de no mucho llegará un barco alemán, el SS *Ypiranga*, para devolverlos al Reich. En el entretanto, el *Dresden* deberá permanecer aquí, bien a la vista. Es todo lo que ahora le puedo decir. Sé que su programa incluye visitar algún puerto del Caribe, y deberá usted hacerlo si la situación mejora, pero de momento, Kapitän, le ruego que no se vaya de Veracruz.

—¿Es éste el único puerto al que debemos estar atentos?

—Hay dos más. Tampico, 800 kilómetros al noroeste, y Puerto México,\* 400 al sureste. Tampico es más importante, pues allí se concentra la industria petrolera mexicana. Lo es de nombre, porque la propiedad es de los «gringos», que así es como acá se refieren, sin cariño, a los ciudadanos de los Estados Unidos. Los directivos y los ingenieros son gringos, igual

\* Un siglo después se llama Coatzacoalcos.

que sus familias. Están preocupados, porque los ejércitos revolucionarios se les acercan más de lo recomendable. Un día u otro se verán cercados, y la US Navy deberá intervenir. De momento no parece pasar nada, de modo que, si quiere mostrar la bandera por allá, y por Puerto México, no tendré inconveniente, ni las autoridades mexicanas tampoco, aunque no lo voy a engañar: son puertos donde no merece la pena fondear. Allí no hay nada de interés. Lo poco que hay en estos mil doscientos kilómetros de costa está en Veracruz.

—¿La ciudad es segura? ¿Mis hombres pueden bajar a tierra?

—De noche, no. De día, tampoco, aunque al menos se ve por dónde huir. Entiendo que no dejar bajar a tierra sería impopular, de modo que puede permitir a su gente que lo haga, siempre y cuando vayan armados, en grupo y al caer el sol estén de vuelta. Dejando aparte las precauciones normales, las comunes a cualquier puerto más o menos amistoso, hay tres cosas de las que deben precaverse: una, las mujeres alegres; las de por aquí, además de muchísimas, suelen ser atractivas, por exóticas, aunque mejor será que no se dejen atraer, porque casi todas están podridas; acostarse con siete cobras sería para ellos más seguro que irse a la cama con una de ellas. Dos, el alcohol; aquí producen una cosa siniestra que llaman tequila y que viene a ser como un galón de *schnaps* en una botella de medio litro; en cuanto a concentración alcohólica, quiero decir. Tres, que cuando dejen el barco lleven sus cantimploras. El agua de aquí es venenosa. Flotan en ella unas bacterias que los mexicanos llaman «Venganza de Moctezuma» y que vienen a ser como el cólera de toda la vida; si acaso, un punto más benigno, aunque no tanto como para no estar tres o cuatro días cagándose por las patas abajo.

—¿A los mexicanos no les afecta?

—La leche de sus madres viene contaminada, de modo que los pocos que llegan a la primera comunión ya están inmunizados.

Köhler y Niden compusieron sendos gestos de consternación. Canaris no compuso ninguno. Si un don poseía, era el

de mantener en todo momento una exquisita expresión inexpressiva.

—Así las cosas, nos quedaremos unos días en Veracruz, para repostar y para vernos con los del *Bremen*. Desde ahí, lo tendremos que pensar. ¿Cómo lo podré localizar?

—Vivo en el palacio consular. Como para ustedes será fastidioso moverse más allá del puerto, cada mañana vendrá mi conductor con los periódicos, por si necesitan algo. Por cierto, ¿les valdrán de algo? Salvo uno gringo, que no es diario, todos se publican en el español de aquí, que se parece tanto al de Madrid como el inglés de *Sitting Bull* al de *Yeats*.

—El Oberleutnant Canaris —lo señalaba con el dedo— habla un español de nativo. Él los leerá.

El embajador elevó sus cejas en gesto de admiración.

—Cuando todo esté muy mal, el que hable usted español, Canaris, les vendrá bien para negociar con los rebeldes.

—¿Usted no nos ayudaría?

—Si se vieran ustedes en situación de negociar con esa gente, yo estaría muy lejos. Es que aquí estoy quemado. Se me asocia con Huerta, y en México no existe la inmunidad diplomática. Si hay que hablar con ellos, porque hayan llegado aquí, deberán hacerlo ustedes, y ya vale de cosas desagradables. ¿Me muestra su barco, Kapitän? Será pequeño, pero es bonito. Caminar entre cuadernas alemanas, lo que no sabe cuánto añoro, me sentará muy bien.

\* \* \*

Aún faltaba para cenar. Buena parte de los oficiales contemplaban lo que se veía de Veracruz. No parecía una ciudad estimulante, aunque allá donde hay un puerto hay oportunidades de pasar un buen rato. Ése, creían, era el sentir de la tripulación, deseosa de comprobar por sí misma qué tal sería Veracruz para tomarse una cerveza, dar un paseo y localizar algún lugar donde pecar como Dios manda. Esto era lo que *Nieden* discutía con *Köhler* y *Koch*, con buenas perspectivas para la

salud moral de los marineros, y eso que Köhler no tenía nada de meapilas.

—¿Qué tiene de particular este maldito puerto para que Köhler se piense tanto si deja bajar a la gente o no?

En el *Dresden* no todos los oficiales se tuteaban con todos; no si eran varios en presencia. Necesitaban varios meses de hombro con hombro en el fétido ambiente del *Dresden* —los buques de la KM no solían oler bien; su equipamiento higiénico era escaso, y aunque los oficiales vivían aislados en su Walhalla de popa, era inevitable que les llegaran miasmas—, para que se relajaran los encorsetados tratamientos de la clasista KM. De ahí que a la pregunta de Böcker, prusiano de monóculo, sólo contestase Canaris.

—Las putas. Hay tantas y tan guarras que, cuando tocamos aquí con el *Bremen*, el comandante Alberts no dejó bajar a tierra. Una mala medida. Cerca estuvo de costarnos un motín.

Sonrisas. Los oficiales no acostumbraban a emplear expresiones criticablemente gráficas, aunque para casi todos era de convenir que Canaris, a veces, tenía gracia.

—Siendo así, temo que nos quedaremos a bordo. Debe de haber alguna norma que sólo conocen los comandantes, o si no recordad que Lüdecke no dejó bajar ni en Nápoles ni en Venecia, que tampoco andaban mal de lo que señala Canaris.

—Si lo hace, acabará con la moral de la gente. Si antes de dar la orden nos consulta, sería bueno que lo hiciéramos reflexionar.

—¿Por qué piensa eso, Canaris? ¿Está en contra de nuestro elevado espíritu y de la integridad moral del marino alemán?

No eran palabras irónicas. Böcker hablaba con el alma.

—La gente lleva tres semanas sin pisar tierra. Trescientos cincuenta hombres encerrados en esta lata de sardinas no pueden estar de buen humor. Prohibirles dar una vuelta por una ridícula cuestión de salubridad sexual, si no degradación moral, no sería una buena medida. Pienso que bastaría con recordarles la imperiosa necesidad de protegerse bien el pito, so pena de que vuelvan al *Dresden* con algo que no llevaban al desembarcar.

Hasta Böcker rio. Era divertido que Canaris hablara tan relajadamente de cosas que la rígida moral de la KM prefería mantener en la oscuridad. A Plath le llamaba la atención que Canaris se preocupara de la moral de la dotación. En eso, como en otras cosas, se notaba que no era como los demás. El que hablara tantos idiomas, el que conociera la historia de los puertos donde fondeaban, el que se comunicara tan exquisitamente con las autoridades que los visitaban, hacía pensar que sus intereses no coincidían al cien por cien con los del cuerpo de oficiales, como «el deber ante todo», «la patria es lo primero» y los demás principios que les inculcaron en la Marineakademie. Unos principios, alguna vez se preguntaba, si en realidad no serían tonterías.

\* \* \*

Se sentaban a cenar en la cámara de Köhler. Lo hacían éste, Nieden y Canaris. Frente a ellos, el comandante del *Bremen*, Fregatkapitän Seeböhm, su primer oficial y su Nachrichtenoffizier. Lo hacían en el *Dresden* porque al *Bremen* se le habían acabado las provisiones alemanas, y el que más y el que menos aborrecía la comida mexicana. Dedicaron el aperitivo a las cosas mundanas, como dónde aprovisionarse y a qué precios; tras eso pasaron a los primeros platos y a que los del *Dresden* explicaran a los del *Bremen* lo que se decía en el Reich, qué cosas pasaban y qué noticias había, o hubo un mes antes. Sólo a los postres la emprendieron con lo que más les preocupaba: cuándo estallaría la guerra.

—Los oficiales del *Hermione* siguen tan amables como siempre. ¿Será que piensan que no habrá guerra?

—O creen que su rey no les meterá en ella.

—Su rey no pinta nada. No es como el Káiser. El que manda es Asquith, y parece que no quiere meter a su país en una guerra.

Los que no eran Canaris miraron a Canaris, perplejos.

—¿Su Gobierno está contra la guerra? Si no para de armarse...

Seebohm era un estudioso de lo naval, no tanto como Canaris, aunque sí muy partidario de mantenerse al día.

—Asquith pasa por sereno y por pacífico. Lo mismo que Grey, su hombre del Foreign Office, pero ni entre los dos consiguen anular la influencia de Churchill, primer lord del Almirantazgo, que así es como llaman a su ministro de Marina. Éste quiere la guerra, y a poco que se le dé un pretexto lo conseguirá.

—Conseguirá, ¿qué?

—Arrastrar a su país contra nosotros. Para él somos el «gran peligro». Más de una vez ha dicho que los cuatro *König* y los tres *Derfflinger* son la peor de las amenazas para el Reino Unido.

—¿No ha dejado a Inglaterra en la ruina para construir los cinco *Queen Mary*, los cinco *Revenge*, los dos *Glorious*, los dos *Renown* y el *Furious*? Eso es mucho más que nuestros *König*.

—Desde luego, pero eso no cuenta para él. Su filosofía, y la del Almirantazgo, es la que llaman *two powers standard*. —Gestos de incompreensión; todos hablaban inglés, pero en inglés tres palabras que se juntan no significan lo mismo que por separado—; eso quiere decir que la Royal Navy ha de ser el doble de fuerte que la suma de las armadas alemana, francesa, japonesa y norteamericana. Sólo así el Reino Unido seguirá siendo el dueño del mar, y, por extensión, del comercio mundial. Por si no han caído en ello, cuatro de cada cinco cargueros son británicos. Ahí reside su fuerza, en la inmensa riqueza que generan todos esos barcos. Nuestro programa naval no sólo les irrita. Se sienten amenazados, y pocas cosas son más peligrosas que un inglés que se cree amenazado. Sobre todo si además es un primer lord del Almirantazgo.

Lo que decía Canaris no era una novedad, aunque sí en una cámara donde cenaban dos capitanes de fragata, dos tenientes de navío y dos alféreces de navío. Fondeados en un puerto lejanísimo, en una noche de temperatura deliciosa donde todo inspiraba paz; ilusoria, pero paz, los del *Bremen* se preguntaban lo que no se atrevían a comentar: si los recién llegados tendrían tiempo de volver al Reich antes de que comenzaran los cañonazos.